

EL CULTO PAGANO CRISTIANIZADO DE LAS RELIQUIAS



La práctica de erigir un altar o santuario sobre el cuerpo de un 'héroe' tiene sus raíces en tiempos muy antiguos. Aquiles, por ejemplo, honró a su amado amigo Patroclo antes de su propia muerte en la Guerra de Troya, como narra Homero:

"'Entre lágrimas', los dolientes 'recogieron los blancos huesos de su gentil camarada, Todos en una urna dorada, sellada con una doble capa de grasa, Y guardaron la urna en su refugio, cubierta bien con un ligero sudario de lino, luego colocaron su túmulo'" (Homero, *Iliada*, Libro 23, c. 725 a.C., citado en Fagles, 1990).

Este ritual no es una novedad del cristianismo, sino que tiene una clara herencia pagana, como señala el libro apócrifo de Sabiduría:

"Un padre, desconsolado por la muerte temprana de su hijo, que le fue arrebatado bruscamente, hace una imagen de él, y al que antes era un simple hombre muerto, lo venera luego como a un dios, y establece, para sus familiares, ritos y ceremonias" (Sabiduría 14:15).

Incluso Alejandro Magno participó en esta tradición cuando, como relata Plutarco, "se llevó algunas 'reliquias' en forma de la supuesta armadura de Aquiles del templo del santuario como talismán" (*Vida de Cimón*).

El historiador Charles P. Freeman, en su obra *Holy Bones, Holy Dust: How Relics Shaped the History of Medieval Europe*, comenta que:

“Los ‘héroes’, es decir, santos y mártires, se integraron fácilmente en el mundo cristiano. Los rituales conmemorativos cristianos tempranos eran similares a los que ya se seguían en el mundo pagano. De hecho, una de las dificultades para trazar la expansión del cristianismo temprano es que las prácticas en las tumbas de los mártires se asemejaban a las que se realizaban en los santuarios paganos. Recientes trabajos arqueológicos destacan cuánto del cristianismo se llevaba a cabo en cementerios, alejados de la élite institucional. Así, en Egipto, se abordaba a los cuerpos de los santos con preguntas similares a las que se ofrecían a los oráculos paganos, sobre asuntos de negocios, temas matrimoniales, embarazos y viajes al extranjero. También existía una larga tradición de santuarios de curación en el mundo antiguo. Epidauro, uno de los santuarios más prestigiosos del dios de la curación Asclepio en el Peloponeso griego, mantenía un santuario al que nadie podía entrar sin antes purificarse. Se hacían sacrificios rituales al dios antes de que el visitante afligido se acostara en un dormitorio junto al templo de Asclepio. Las inscripciones de Epidauro y otros santuarios antiguos de curación muestran que se esperaban curaciones ‘milagrosas’, a menudo después de que Asclepio apareciera al visitante en un sueño con un consejo o un remedio. El santuario cristiano de los Santos Ciro y Juan en Menouthis, cerca de Alejandría, parece haber funcionado de la misma manera” (Freeman, 2002, p. 32).

Durante finales del siglo IV y principios del V, la Iglesia cristiana en el mundo de habla latina se vio inmersa en un animado debate sobre la “superstición” que había ingresado desde los cementerios. En la década de 380, Ambrosio en Milán y, en la década de 390, Agustín en Hipona intentaron restringir entre sus congregaciones ciertas costumbres funerarias, particularmente la de festejar en las tumbas de los muertos, ya sea en tumbas familiares o en memoria de los mártires. Agustín criticó explícitamente estas prácticas como un legado contaminante de creencias paganas:

“Cuando llegó la paz a la iglesia, una masa de paganos que deseaban convertirse al cristianismo se vieron retenidos porque sus días de fiesta con sus ídolos solían transcurrir comiendo y bebiendo en abundancia” (Quasten, 1940, p. 253–66; Bruck, 1990, p. 290).

Y agregó:

“Estos paganos habían entrado ahora en la iglesia y habían traído consigo sus malos hábitos”.

El erudito Peter Brown también destaca las preocupaciones sobre el culto a las reliquias:

“Podemos vislumbrar círculos en el sur de la Galia y en el norte de España que se habían sentido genuinamente perturbados por las formas adoptadas por el culto a las reliquias y a los mártires: ‘Vemos el ceremonial del culto pagano introducido en las iglesias con el

pretexto de la observancia religiosa.' Al mismo tiempo, 'la opinión popular había obligado a todos, excepto a unos pocos descontentos, a aceptar francamente formas paganas de ceremonial y puntos de vista potencialmente "supersticiosos" sobre la localización del alma en la tumba en el caso del culto a las reliquias y a las tumbas de los santos'" (Brown, 1989).

Es evidente que el "vulgo" ganó el debate sobre el culto a los santos en los siglos IV y V. Los líderes cristianos se adaptaron a este sentimiento, hasta el punto de que Gregorio el Grande (Papa 590–604) solo pidió que los edificios paganos fueran bendecidos con agua bendita y dotados de reliquias antes de que los cristianos comenzaran a usarlos.

El historiador AHM también documenta cómo el cambio de tono hacia la veneración de reliquias molestó a muchos eruditos modernos, confirmando sus peores sospechas sobre la influencia de las creencias populares sobre las mentes más refinadas de la cristiandad (AHM, 1985).

Finalmente, el libro apócrifo de Sabiduría observa cómo la fascinación por el esplendor de ciertos monumentos puede llevar a una adoración indebida:

"Así la gente, atraída por el encanto de la obra, consideró como objeto de adoración al que poco antes honraba sólo como a hombre. Esto se convirtió en una trampa para los hombres, porque ellos, esclavos de la desgracia o de la tiranía, dieron a la piedra y al palo el nombre que sólo pertenece a Dios" (Sabiduría 14:20).

Freeman también resume cómo, en la Europa medieval, los santuarios de los santos se convirtieron en auténticas maravillas para el público. Los relicarios, dorados y adornados con joyas, dominaban el paisaje, transformando las visitas en espectáculos teatrales. Los peregrinos infundían a las reliquias sus esperanzas, creando una relación duradera y a veces íntima, como cuando una estatua de la Virgen María ofreció sus pechos a Bernardo de Clairvaux para que succionara, o cuando un comulgante recibe el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía. El poder y la autoridad de las reliquias siguen siendo un enigma (Freeman, 2002, p. 36).